

## Biografía de una sombra

Escribe: GONZALO RIOS OCAMPO

Agustín Rodríguez Garavito nos ha entregado, en cordial gesto literario, un ejemplar dedicado de su último libro "Gaitán, biografía de una sombra" que hemos leído a la luz de nuestra ya antigua amistad y de predilecciones cuya impronta nos marca desde los tiempos ya casi desvanecidos de nuestra adolescencia manizaleña, cuando nos embriagábamos de D'Annunzio, Gautier, Barrés, Rodenbach, Larreta, Huidobro, Lotí, Balzac, los poetas malditos, Flaubert y otros que mezclábamos, en coctel espumoso y sávido, con Spencer, Leibnitz, Nietzsche, Chateaubriand, Schopenhauer el misógino, Lorrain el de los adjetivos esclavos, hiperbóreos, intuitivos y toda aquella baraja de líricos y pensadores que alumbraron los caminos de Europa y América con su linterna mental nutrida de pilas cósmicas. Luz incesante y perpendicular que definía nuestra sombra sobre la tierra por nosotros herida de semillas retóricas e infusorios semánticos que más tarde reventarían como crisálidas sobre el papel de una novela de juventud y nuestros escritos posteriores, que andan por ahí impresos con tinta mesiánica.

El libro de Agustín es otra de sus golosinas literarias, pastel de nupcias con la gloria en el que esplenden velitas como luceros y franjas de constelaciones apretando la consistencia y el sabor, su antología de colores dulcísimos, indelebles. Adjetivos como confites, rosales expresivos, claves conceptuales. Manifestación de palabras como banderas discursando tesis como astas, soplando con sus aires la semilla volandera de la democracia que jamás germina entre nosotros a falta de nutrientes que auparan su tallo subterráneo.

Y en este suelo insurgió Gaitán el biografiado como una espiga proletaria con una granada en la punta. Sembrador de vertientes en tierras de aluviones proscritos, el agua caótica de las cumbres arrastró sus semillas, su morada ideológica, su dinámica de ascenso popular, su huerto de reivindicaciones. Sembró palabras y cosechó silencio.

Recorre Agustín esa vida crucial y paradójica, el sueño sobre espinas de aquel caudillo torrencial y tectónico, adversario mortal de las castas gobernantes en la medida de su amor por un pueblo sojuzgado, de que fuera flor de candela y fruto de rebeldía.

Con trazos maestros en los que la personalidad del biografiado se difumina en el resplandor de su gloria penal, su elocuencia banderiza y su histrionismo tribunicio, Agustín nos fija, no la figura humana, caminante y concreta del caudillo, sino su entorno mesiánico, su proyección histórica, al revés de otros biógrafos que dejan la posteridad del héroe al criterio de las generaciones. Es narrativa biográfica, muchas veces esclavas del detalle contingente, a veces de la unidad y el prurito investigativo que surte de adjetivos cronológicos la sustantivación necesaria y motivadora. Como quien esculpe una estatua sobre un mármol resfriado, tiritante, polémico, neurasténico ante el cincelazo creador.

Es en realidad la biografía de una sombra, contra la luz de los incendios. Pero con estilo biográfico propio de Agustín, que plasma las figuras con sangre de gloria, sin linfa mortal acusadora de síndromes temporales que no sirven el concepto clásico de las vivencias históricas. El autor los pasa de una vez a las dimensiones propuestas, al estrellato de la perennidad, escondidos tras la circunstancia, envueltos en el todo vital. El detalle lo saca del entorno, no de la profundidad visceral como en una autopsia biográfica. Es como extraer de la monografía el substrato de la imagen viviente, habitante previo o viajero ya de los indecibles silencios. Es así como el autor establece la simbiosis entre la monografía y la biografía, el ambiente y su almendra, el tiempo y la distancia. El sujeto pasa de lo físico a lo psicológico sin sobresaltos posibles.

Tiene Agustín una adjetivación orquestal que lo ha hecho famoso. Su prosa es una partitura de Tchaikowsky. Ello hace al libro agradable además de erudito y testimonial. Todas estas

calidades le merecieron su presencia en el exterior dentro de la nómina diplomática, hoy tan descaecida y polémica. Intelectualmente hablando, claro.

Hay que celebrar la aparición de este libro, cuya desaparición por agotamiento es apenas previsible. Solo nos resta entregar a Agustín nuestra gratitud profunda por tan grato y melódico legado. Y decimos melódico por cuanto Agustín ha puesto música a una tragedia, como Wagner. Buena suerte y buena mar latina.